

The background of the cover is a detailed anime-style illustration. It depicts a young man and woman standing on a bridge or pier, looking out over a coastal town at sunset. The man is in the foreground, wearing a white shirt and dark tie, looking towards the right. The woman is slightly behind him, also looking right. The town below has traditional Japanese-style buildings, and the sea is visible in the distance under a dramatic, orange-hued sky with scattered clouds.

CRÓNICA DE LA INVASIÓN

Hiroshi Ishikawa

Dibujo: Mai Yoneyama

NORMA
Editorial

El mar, antes confinado dentro del marco de la ventana del vagón, abarcaba ahora hasta donde le alcanzaba la vista. De pie en el andén de la estación, Sō Uehara contemplaba cómo brillaba bajo el sol estival. Paralela a la vía de ferrocarril única, se extendía la carretera y, cruzándola, estaba el océano. No había nada que obstaculizara su visión; ni siquiera había nubes en el cielo. El mar era inmenso, al contrario que aquel pueblo.

Una mujer de mediana edad que había bajado del mismo tren que él pasó a su lado. Llevaba en la mano un pequeño ramo de flores. Al verlo sujetando una bolsa de papel de una pastelería se debió de sentir identificada con él, así que le hizo un leve gesto de saludo que él optó por no devolver.

Le dolían los ojos después de estar contemplando el azul del mar por un tiempo. Se quitó las gafas y se echó colirio. Se enjugó con la palma de la mano los restos de líquido que se habían escurrido y el viento marino se los secó en un instante.

Los tornos de la estación estaban desiertos, salió y echó a andar por la carretera. Los vehículos pasaban con arrogancia a su lado casi rozándole el hombro. No se veía ningún peatón. Era el único que se achicharraba bajo el sol del mediodía. Puede que para esos conductores esta fuera simplemente una zona de paso pero, para él, era el centro de su vida y su lugar de destino. Puede que fuera un lugar solitario pero le resultaba mucho más agradable que el bullicioso ambiente festivo que rodeaba al barrio en el que vivía o a su instituto.

El hospital estaba protegido por una franja arbolada que controlaba el avance de la arena. El edificio llevaba tiempo algo deteriorado, con los muros exteriores, que otrora fueran blancos, amarilleando por la exposición a la brisa marina y con grietas fruto del castigo del sol. El guarda de la entrada le miró y sonrió. Él le devolvió el saludo con la mirada. Al contrario que la fachada, el vestíbulo estaba bastante nuevo en comparación. La madera del mostrador de recepción relucía y olía como a recién barnizada. Desde el otro lado del mostrador, una administrativa le saludó agitando la mano.

—Sō, ¿llamo a Haruka por megafonía?

—No te preocupes. Esperaré aquí, seguro que viene ahora.

Se sentó en un sofá grande con forma cuadrada que parecía estar hecho de gelatina. Al otro lado del vestíbulo estaba sentada la mujer con la que se había cruzado hacía un rato en la estación. Tenía las manos juntas sobre las

rodillas y sujetaba el ramo de flores a modo de ofrenda. Cuando sus miradas estuvieron a punto de cruzarse, él apartó la vista.

Se le veía la piel más oscura por haber estado caminando bajo el sol. Era como si se hubiera puesto moreno en poco tiempo. Se pasó la mano por el brazo, en el que se empezaba a secar el sudor. Una humedad fría le impregnaba la camiseta y los pantalones vaqueros.

En las baldosas había pintada una línea blanca que indicaba el camino hacia el pabellón del hospital y la zona de consultas. Se quedó mirando fijamente al suelo y le dio por pensar que se encontraba en una zona de paso y que tenía que moverse. Una sandalia blanca llegó rodando hasta sus pies. Estaba del revés, mostrando la suela, pero un pie también blanco la recogió con los dedos y le dio la vuelta. Alzó la cabeza. Cuando Haruka Hajikano se sentó enfrente de él, se escuchó el sonido del aire saliendo del sofá. Llevaba una bata de hospital de color azul claro que parecía un vestido, tenía la costura a los lados del cuerpo y se la sujetaba mediante un cordón. El lazo era el único adorno en una vestimenta carente de estampados. En lugar de una pulsera, llevaba una banda en la muñeca con el nombre y un código de barras impresos. Al colocarse el cabello negro tras la oreja, la amplia abertura de la manga dejó entrever la sombra de su axila.

—Buenas —dijo él, sonriendo levemente.

Sin responder, Haruka cruzó las piernas. La sandalia que sujetaba con la punta de los dedos se balanceaba.

—¿Qué es eso?

Los ojos almendrados le brillaban por debajo de un flequillo recto y corto. Tenía la mirada fija en la bolsa de papel que él llevaba sobre las rodillas.

—Son profiteroles.

—Eh, ¡qué bien!

—Profiteroles con sabor «dimsum».

—¿Qué? ¿Es una trola?

Él se echó a reír al ver su mirada.

—Tienes razón. Parece una trola.

—¿Por qué los has comprado? La de la caja habrá flipado también.

—Suelo comprarlos todas las semanas, pero es que solo quedaban estos.

—Estás de guasa, ¿no? Vaya tela con el gremio pastelero.

Haruka sacó el móvil del bolsillo y estuvo un tiempo consultándolo. Al cabo de un rato:

—Hala... Es verdad que los hay con sabor «*dimsum*»... —murmuró, frunciendo el ceño.

—¿Cómo te encuentras? ¿Tienes fiebre?

Se guardó el móvil en el bolsillo cuando escuchó la pregunta.

—Hoy no.

—¿Y normalmente?

—Hay veces que sí y otras que no.

Haruka desvió la mirada. Él se giró para seguirla. Al otro lado de la ventana, el pinar resplandecía con un intenso verdor.

—Se nota que ya es verano, ¿no?

—¿Eh?

Él se giró para mirarla de frente. Sus ojos se encontraron.

—¿Y tú qué tal, Sō? ¿Estás estudiando para el examen de acceso a la universidad?

—Sí. Pero preferiría entrar por recomendación —respondió.

Haruka asintió levemente mientras se toqueteaba las uñas. Sō agachó la cabeza creyendo que su respuesta había sido un poco trivial y echó un vistazo al interior de la bolsa de papel.

Sus pasos resonaban mientras caminaban a la par por el pasillo del pabellón del hospital. En la oscuridad, la piel de Haruka se veía más pálida. Su delgado cuello asomaba por la solapa de la bata.

A Sō le dio la impresión de que su camiseta, un poco empapada de sudor, olía y se alejó un poco de ella. Un médico que conocía venía de frente y al verlo alzó la mano.

—¿Cómo estás?

—Tirando.

Haruka se detuvo a su lado cuando se paró, pero miraba fijamente hacia el fondo del pasillo. El médico, que solía jugar a menudo al tenis, tenía la piel bastante bronceada.

—Parece que has ganado algunos kilos.

—Puede ser. Últimamente apenas he salido a correr.

—No hagas sobreesfuerzos cuando corras.

—Vale.

Poco después de despedirse del médico y echar a andar, Haruka se le acercó:

—Ese médico tiene un lío con alguien que ha entrado hace poco.

—¿En serio?

Sō se giró y miró a la espalda de la figura con bata que se iba perdiendo en la distancia.

—Y su mujer está embarazada. Menudo desgraciado. Acabará en el infierno —murmuró Haruka mientras aceleraba el paso.

Cuando subían las escaleras, un hombre con bata de hospital se cruzó con ellos viniendo del piso de arriba. Sō no le había visto nunca, así que se quedó mirándole atentamente. Le pareció raro que a aquellas alturas ingresara algún paciente nuevo. Debía de rondar algo más de la treintena. La barba de varios días y la cabeza rapada con algunas canas le daban un aspecto desaliñado.

—Ōtsuki, ¿a dónde vas? —preguntó Haruka a aquel hombre.

—A por un café. —El hombre llamado Ōtsuki miró a Sō y dijo: —Y este, ¿no será por casualidad Uehara?

—El mismo. El mismo al que le han dado el alta y nos ha dejado tirados. Haruka se giró hacia Sō y lo señaló con el pulgar.

—Te presento a Ōtsuki, acaba de entrar. Lleva aquí desde la semana pasada.

—Encantado. Haruka me ha hablado de ti, Uehara. Se comenta que has podido curarte.

Sō subió la escalera con calma y se paró en el mismo escalón que Ōtsuki, colocándose frente a él y mirándole a la cara.

—La enfermedad está en remisión, lo que significa que ya no tengo síntomas, pero no me he curado. Esta enfermedad no tiene cura.

Ōtsuki suspiró como si le hubieran oprimido el pecho con fuerza.

—Qué tiquismiquis. Pareces un diccionario.

Haruka subió las escaleras y le arrebató a Sō la bolsa de papel.

—Ōtsuki, ¿te apetece un profiterol?

Esas palabras hicieron que a Ōtsuki se le iluminara la cara.

—Claro. Con mucho gusto.

—Pues ven a la habitación de Saya.

—Vale, te pillo también algo de beber, Haruka. ¿Te hace un café?

—Largo de leche y sin azúcar. Para Sō un té con leche.

Ōtsuki asintió y bajó las escaleras mientras Sō le miraba con rostro severo.

—¿Estás enfadado por algo?

Haruka le pasó la bolsa de papel. Sō la recogió y volvió a sujetarla como antes.

—La persona que acababa de entrar y con la que has dicho antes que le estaba poniendo los cuernos el médico no será este tipo, ¿verdad?

—Si la historia fuera así me haría hasta gracia —dijo Haruka sin cambiar un ápice la expresión. Luego pasó por delante de él y subió las escaleras.

Sō se sentía como en su casa cuando reconocía aquel olor que llenaba las salas del hospital. Se podía percibir el aroma que dejaba la comida. No era el olor a desinfectante lo que le hacía cosquillas en la nariz, sino el olor dulce y un poco agrio de la vida.

La habitación era tan grande que, de ser un hospital normal, podrían caber varias camas. Sō se acercó a la única que había en la habitación y se inclinó sobre ella.

—Saya, ¿cómo estás? Hoy parece que tienes buen aspecto.

Saya Komaki tenía los ojos entreabiertos pero no respondía. La mascarilla de oxígeno que le cubría la boca estaba nublada como de costumbre. Los cables que le recorrían el cuerpo acababan en un monitor que emitía unos sonidos electrónicos indiferentes que, como único efecto en el mundo exterior, sacaban de quicio a cualquiera.

Haruka descorrió la cortina y una luz cegadora entró por la ventana.

—El otro día me pareció que movía los ojos un poco al abrir la cortina.

Sō asintió con la cabeza y miró fijamente a Saya a la cara. Tenía las mejillas tan hundidas que daba pena. Las espesas cejas le crecían como si se tratara de maleza en un vivero. Tenía las muñecas huecas como si estuvieran talladas y se podían entrever claramente los huesos. La banda de la muñeca le quedaba tan holgada que podía caérsele en cualquier momento.

—Si te apetece un profiterol, dímelo —dijo y le dio unos golpecitos en la mano. El dorso estaba frío y seco.

Al lado de la cama había dos butacas. La televisión que estaba en la pared era más grande que la de la casa de Sō. La pared que daba al pasillo era de cristal para que se pudiera comprobar el interior desde fuera. Había un balcón al que se podía salir, pero en esa época hacía demasiado calor. Haruka se sentó en un taburete que estaba en el pasillo, cogió el mando de la tele y la encendió. Estaban retransmitiendo un abierto de golf.

—Suelo venir aquí a menudo para ver la tele juntas. Me aburre verla sola. Sō respondió asintiendo con la cabeza.

A pesar de ser ella misma quien había encendido la tele, no le prestaba atención. Observaba en silencio las cifras y gráficos que mostraba el monitor de Saya, como si albergaran algún tipo de respuesta.

Sō miraba ensimismado el suelo. La sombra de los remolinos de aire calentados por sol se elevaba sobre el linóleo color crema. Se percató de que estaba decepcionado ya que, durante la última semana, había guardado la esperanza de que Saya mejorara aunque fuera un poco. Durante esa semana, él había memorizado varias palabras en inglés, había entregado un trabajo de Historia de Japón y había creado un gráfico con los resultados de un experimento de Química. No era mucho en la vida de un estudiante, pero significaba un avance. Por eso quería que sucediese lo mismo con el estado de salud de Saya. A pesar de que sus esperanzas se veían truncadas una y otra vez, seguía yendo todos los domingos con la misma ilusión. Le pasaba lo mismo con Haruka. Cuando fue el domingo anterior, tuvo la sensación de que iba a contarle algo importante. Pero cuando se vieron, no le comentó nada.

—Perdón por la espera.

Ōtsuki abrió la puerta corredera de cristal con el codo y entró. Llevaba tres vasos de papel sobre una bandeja. Haruka se puso en pie y se le acercó.

—Gracias.

—Aquí tienes, Uehara.

Ōtsuki se sentó en la butaca de al lado y le entregó un vaso. Sō alargó la mano para cogerlo y abrió la caja de los profiteroles. Haruka cogió dos y le dio uno a Ōtsuki.

—Son con sabor a «*dimsum*».

—Eh. Qué raros.

Ōtsuki alzó el profiterol y, mirando a Sō, hizo un gesto de agradecimiento. Sō se lo devolvió con la mirada.

Haruka le dio un bocado y, apretándose la barriga, retorció el cuerpo.

—¡Puaaaj! ¡Qué asco!

Sō probó uno mientras se reía de la reacción de Haruka. Habían conseguido reproducir perfectamente el sabor de un «*dimsum*» de gamba. Sin embargo, como profiterol, era un verdadero sacrilegio.

—Bueno, si piensas que es como una croqueta está bastante bueno.

Ôtsuki seguía comiendo sin inmutarse. Sō le miraba sin quitarle el ojo de encima.

—¿Eh...? Ya, claro. Por eso pensé en comprarlos.

—Qué mentiroso. A ti también te han sorprendido —dijo Haruka dando un sorbo al café con cara de asco. Sin embargo, acabó comiéndose todo el profiterol mientras se quejaba.

Ôtsuki dejó el vaso de papel vacío sobre la mesita que había entre las butacas.

—Uehara, oí que estabas en ese pueblo cuando comenzó la enfermedad. Me lo dijo Haruka.

Sō dirigió la mirada hacia Haruka. Fingía mirar el golf con los brazos cruzados. Ôtsuki se inclinó hacia Sō.

—¿Me podrías decir lo que pasó en el pueblo? Ni la tele ni los periódicos cuentan nada al respecto. Por internet tampoco hay información. El único que puede saber la verdad eres tú porque estabas allí en ese momento.

Sō miró para otro lado. Sin embargo, no pudo evitar la mirada de Ôtsuki.

—A mí también me gustaría saber más sobre esta enfermedad. Me gustaría saber de dónde viene y por qué tuve que pillarla.

—Yo también salgo en esa historia, ¿verdad? Así que a mí me gustaría oírla también —dijo Haruka, sin apartar la vista del televisor.

Sō bajó la mirada al vaso de papel que sostenía. La fuerza con la que lo sostenía provocaba ondas en el té con leche.

—De acuerdo.

Había contado esa historia en numerosas ocasiones. A pesar de que las personas siempre cambiaban y lo que le preguntaban era diferente, el final de la historia siempre era el mismo: la batalla había terminado. Todos habían muerto. Todo había cambiado. El monitor conectado al cuerpo de Saya emitió un sonido electrónico como animándole a hablar. Saya permanecía tumbada, en silencio.



El embalse abarcaba hasta donde le alcanzaba la vista a través de la ventana del vagón. Sō, apoyado sobre la puerta del tren, miraba por ella. Rodeado

por montañas teñidas por los colores otoñales, el embalse de Tsukumi presentaba un tono azul oscuro al reflejar el cielo nublado. El lago artificial, que abastecía de agua a las poblaciones cercanas, cubría el valle y se extendía de este a oeste. A pesar de que había visto ese paisaje desde pequeño, a Sō no le acababa de gustar. Le parecía poco natural una extensión de agua entre unas montañas en las que no había nada. La carretera que corría a lo largo de la vía del tren era una vía antigua; los viajeros que la recorrieran antaño habrían podido ver desde arriba la aldea del valle que ahora se encontraba sumergida en el fondo del embalse.

Sō miró al interior del vagón. Los asientos enfrentados estaban ocupados por personas mayores. Tenían sus gruesas suelas de las botas llenas de barro, por lo que parecía que volvían de hacer senderismo. La ruta atraía a muchos senderistas de Tokio ya que había muchas montañas bajas bastante accesibles que se podían visitar en el día. Y estando en pleno apogeo de la magia del otoño, incluso los días entre semana iba gran cantidad de gente. Varios estudiantes de secundaria que, al igual que Sō, volvían del instituto estaban sentados en los asientos corridos jugueteando con el móvil.

Al llegar a la estación de Fujiya, Sō se irguió. Pulsó el botón y se abrió la puerta. Cuando salió del torno, una estudiante de primaria con el uniforme de una escuela privada le adelantó. Enfrente de la estación esperaba su madre que había ido a buscarla en coche. En la zona había muchas calles sin acera, por lo que era peligroso que los niños anduvieran solos. Los alumnos de la escuela primaria a la que asistió Sō cuando era más pequeño iban en autobús.

Al otro lado de las vías del tren había una clínica ambulatoria de la Cruz Roja. Como llevaba mucho sin ponerse enfermo, únicamente había entrado allí para vacunarse.

Tenía que atravesar un largo túnel que apenas estaba iluminado por una tenue luz anaranjada. De pequeño le daba miedo cruzarlo. En las noches de invierno, rezaba por que las figuras de personas que venían del otro lado no fueran un fantasma. Al salir del túnel se accedía a la aldea del valle. Las montañas se elevaban imponentes a ambos lados. Un angosto río corría a lo largo de la carretera. Una parte de su lecho había sido cubierta con hormigón para controlar las inundaciones, pero la mayor parte seguía manteniendo su estado original. El río mostraba una cara violenta al precipitarse

por los desniveles artificiales levantando espuma blanca, pero transcurría con calma al pasar entre los márgenes cubiertos de hierba. En la otra orilla, las casas se alineaban justo hasta el pie de la montaña. Se podían ver casas con tejados de chapas de acero negro y de tejas en las que se apreciaba el paso de los años.

Sõ evitó de un salto los caquis aplastados que yacían en el camino y siguió andando. No se veía a nadie caminando, tan solo pasaba algún coche de vez en cuando. Justo donde el camino cruzaba de la orilla derecha a la izquierda se encontraba su casa. Tenía una fachada de madera al gusto de su padre. Estaba en armonía con el paisaje montañoso pero destacaba entre el resto de las viviendas. El molesto perro del vecino, como de costumbre, ladró al verlo aparecer.

Sõ fue a su habitación en la primera planta y se quitó el uniforme para ponerse la ropa de correr. Hacía frío para llevar solo una americana encima de la camisa, pero para correr era suficiente con una camiseta. Guardaba enrollado un cortavientos dentro del bolsillo para cuando la temperatura bajara. Los suplementos energéticos los metía en el bolsillo de malla de la espalda. Llevaba un cinturón para guardar la botella de agua mientras corría. En el zaguán comprobó la suela de las zapatillas deportivas y vio que se habían desgastado tanto que apenas se veía el dibujo. Pronto tendría que tirarlas a pesar de que las había comprado hacía poco menos de medio año.

Salió de casa y corrió hacia el fondo del valle. Dejó atrás las viviendas y el borde del camino se convirtió en un precipicio escarpado. Más abajo, en el fondo del valle, el río discurría impetuoso.

Pasó por delante del jardín delantero de una casa tradicional y se adentró en el camino de la montaña. Era una pista forestal en desuso que apenas utilizaban los senderistas. Sõ aceleró el paso. El camino pasaba entre un bosque de cedros que, con sus troncos rectos y sin ramas, aportaban al paisaje un aspecto geométrico.

En el suelo, las hojas caídas parecían un montón de ciempiés rojos. Sõ pasó por encima de ellas. También sobre el barro. Evitaba las raíces expuestas, las piedras y los sacos terreros porque solían resbalar. Prestaba atención para no apartarse del camino de la cresta de la montaña. Una caída por la ladera, incluso en baja montaña, podría causar lesiones muy graves. Correr por asfalto consistía en controlar el movimiento de piernas y brazos, pero

en la carrera por montaña había que tener muy en cuenta cómo se pisaba. Había que ir dando con cuidado cada paso ya que no se sabía lo que había en el camino. No se podía descuidar ni un solo paso.

Hacía un poco de frío como para sentirlo en la piel pero con el calor interno del cuerpo le era suficiente. La goma empapada en sudor de los pantalones cortos se le ceñía contra el abdomen. Las espinillas y gemelos estaban en tensión. Le pesaban los muslos. El agua de la botella que llevaba en la mano se agitaba con fuerza. Quería echar un trago, pero se contuvo. El agua de unos bidones que servían como depósitos contra incendios estaba verdosa. Le entraron ganas hasta de acercar la boca y echar un trago de aquella agua. Quería remojarse la cabeza.

Divisó una escalera de madera. Estaba casi en la cima. Las piernas se quejaban al subir los peldaños y daba zancadas pequeñas. Era el último obstáculo. Le costaba respirar. El cuerpo le pedía a gritos más oxígeno. Hizo un esfuerzo por espirar en lugar de aspirar. Si expulsaba el aire sucio, sus pulmones absorberían de forma natural el aire puro de la montaña.

Habían talado los árboles de la cima del monte Shaga, por lo que gozaba de una vista panorámica. Se colocó de pie y recibió el viento proveniente de los cuatro puntos cardinales. Las montañas refulgían con un rojo flamígero bajo el cielo del atardecer. Miró a las crestas de los picos de los alrededores y reflexionó sobre el camino que había recorrido. Le daban ganas de reír con tan solo pensar en haber subido corriendo por la pista forestal.

En las carreras por montaña, cada paso que se daba tenía importancia y, uno tras otro, se acababa llegando a la cima. Por eso le gustaban. En cambio, en el instituto le decían que estudiase, pero nadie le enseñaba qué obtendría a cambio ni le parecía que aprendiera nada. Tampoco existía la sensación de competir con los demás, sino que se aferraba tristemente a la vida cotidiana. Tenía la sensación de que corría para alejarse de todo eso.

Como no paraba de sudar, se quitó la camiseta. Quería ganar masa muscular. No hasta llegar al punto de parecer un culturista, pero sí tener un poco más de lo que ahora tenía. Bebió agua de la botella. Un poco de líquido rebosó y se mezcló con el sudor que le corría por el pecho.

En la cima había algunas casas de té¹ con bancos en los que estaban sentados varios senderistas. Seguramente habrían llegado atravesando el monte Takama que era el más conocido de la zona.

¹N. del T.: Desde el período Edo, este tipo de establecimientos ofrecían cobijo y un refrigerio a los viajeros en mitad del camino.